

ANTONIO PERPIÑA RODRIGUEZ

EL HUMANISMO MARXISTA

Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, n.º 44, 1968

El humanismo marxista

por el Académico de número

Excmo. Sr. D. Antonio Perpiñá Rodríguez

I. *Presentación*

Para cualquier observador dotado de espíritu crítico y de un poco de humorismo (que es el componente indispensable de toda filosofía sana), el fenómeno que dentro del pensamiento católico se ha producido en el brevísimo plazo de los últimos veinte años es altamente regocijante... si no tuviera su dosis de tragedia. Para el sociólogo, atento a los hechos y tratando siempre de extraer enseñanzas de ellos o de confirmar hipótesis, ese mismo fenómeno constituye una magnífica fuente de experiencia. Aquí lo vamos a tratar con criterio doctrinal, no con humorismo.

Hasta la segunda guerra mundial había casi unanimidad entre los pensadores católicos en condenar, no ya el marxismo, sino cualquier especie de socialismo. Los ecos de las encíclicas papales sonaban demasiado fuerte para permitir que se escuchara cualquier voz que no fuera de condena de esas “pestilentes” doctrinas. Y, de repente, casi sin transición y a un ritmo de vértigo, todo ha cambiado y nos encontramos con un cambio de actitud que muy bien podría medirse en ciento ochenta grados. Por palabra y obra de religiosos franceses e italianos, sobre todo, seguidos naturalmente de laicos católicos, el socialismo se ha convertido en la versión moderna del Evangelio y el “ogro” y Anticristo Carlos Marx viene a aparecer como el máximo pensador “humanista”, como el bueno y barbudo apóstol de las masas. Si aquella primera actitud, de condena y repulsa absolutas, nos pareció a la sazón *exagerada* (1),

(1) No se tenía en cuenta la Patrística, ni las primeras comunidades cristianas, ni el “comunismo” de los conventos, ni las reducciones jesuitas del Paraguay, etc. En aquellos tiempos, cuando nosotros explicábamos que el socialismo, como forma de organización social, no es *de suyo* y absolutamente contrario al cristianismo, casi se nos tenía por herejes. ¡Ahora casi parecemos conservadores!

ésta de ahora, de abierta aceptación y elogio, nos parece *incomprensible*. Mejor dicho: como nuestro propósito va a ser justamente tratar de comprender lo que ha pasado, juzgando las cosas neutralmente, pero con severidad investigadora, más bien cabría decir que esa nueva postura nos parece *irrazonada e irrazonable*.

Muchos son los problemas que aquí se amontonan, pugnando todos y cada uno por ser expuestos y resueltos. Queremos ceñirnos sustancialmente a uno muy específico. No se intentará la exposición del socialismo, de sus múltiples facetas, de las formas no marxistas del mismo, ni tampoco de modo directo de cuestiones tan candentes como la del “diálogo” entre católicos y marxistas y de la famosa “alienación” (2). Como el título de este trabajo indica, vamos a ocuparnos del “humanismo” marxista, esa extraña flor que de repente ha surgido en el campo de la historia del pensamiento social. Podemos adelantar ya que nuestras conclusiones serán radicalmente opuestas a la licitud y aceptabilidad de dicha fórmula. Tales conclusiones han de sentar muy mal a muchos cándidos oídos de sacerdotes y laicos católicos —que saben oír la voz de las sirenas, pero no los rugidos de las tempestades—. Sabemos también que no han de agradar a muchos marxistas, más o menos cándidos; pero nuestra lealtad expositiva nos obliga a decir lo que pensamos. Por lo demás, recordaremos la cita con que Carlos Marx cierra el prólogo de la 1.^a edición del primer tomo de *El Capital: segui il tuo corso e lascia dir le genti*.

II. *Un poco de historia privada*

La buena educación y la ciencia recomiendan prescindir de las alusiones a uno mismo y no exponer problemas y asuntos subjetivos. Ello no obstante, se nos ha de permitir en esta ocasión iniciar nuestro trabajo recordando una circunstancia de nuestra vida intelectual, que nos parece altamente indicativa para el efecto que aquí buscamos, a saber: demostrar que *en la doctrina marxista* PROPIAMENTE DICHA *no tienen cabida los conceptos de humanismo o de alienación*. Subrayamos especialmente el inciso “propiamente dicha” para señalar que en ciertas interpretaciones sí se han podido introducir de contrabando tales ideas... pero eso no es marxismo auténtico.

En la primera parte de los años treinta preparábamos y redactábamos nuestra tesis doctoral sobre “Estudios acerca de la concepción materia-

(2) Naturalmente que todo lo que se dirá será opuesto a la oportunidad de ese diálogo.

lista de la historia” y, naturalmente, hubimos de leer detenidamente muy buena parte de la literatura referente al tema. Aparte de las fuentes originales de Marx y Engels, acudimos a Carlos Kautsky, Eduardo Bernstein, Aquiles Loria, Rodolfo Stammeler, T. Tugan Baranowsky, Henri de Man, O. Spann, Sombart, Pareto, Max Weber, etc., etc.; sin contar con lo que entonces constituía la interpretación oficial: Lenin, Stalin, Bucharin, etc. De todos ellos y de nuestras reflexiones, extrajimos el cuerpo doctrinal de los “Estudios”; pero ¡cosa extraña! *para nada y por nada pudo aflorar ahí el supuesto humanismo de la doctrina marxista*. ¿Sería posible que tan ilustres escritores y tan convencidos discípulos —no me cuento yo entre ninguno de todos ellos— hubieran dejado pasar en silencio e ignorado lo que mucho más tarde el Padre Calvez y tantos otros se han afanado por presentar como la sustancia misma de la doctrina? Esto, ya de por sí, me parece un argumento de fuerza contra esa recientísima interpretación. Más aún. El Tribunal que juzgó mi tesis doctoral, integrado por cinco ilustres profesores, me presentó diversas objeciones muy bien fundadas; pero ninguna de ellas indicó que yo hubiera olvidado la perspectiva “humanista” del marxismo. En una palabra, a la sazón todas las versiones de éste, favorables o adversas, omitían la interpretación tan grata ahora a los jesuitas y dominicos franceses. Algo grave tenía que haber sucedido mientras tanto.

La primera vez que tuvimos contacto directo con el repetido “humanismo” fue a comienzos de los años cuarenta, al leer los escritos de Francisco Javier Conde y Georges Gurvitch sobre el “joven Marx”; pero aunque, el primero sobre todo, injertaba algo del pensamiento de éste en el *corpus* doctrinal llamado marxismo, con todo la mención expresa de la época juvenil del autor nos parecía que quería indicar claramente que se trataba de incidencias dentro de una biografía, no de aspectos objetivos de una teoría bien elaborada a lo largo del tiempo. Años después aparecería la conocida obra de Calvez *El pensamiento de Carlos Marx*, y reconozco el error en que caí al no concederle demasiado importancia. Me parecía tan alejada de lo que desde siempre se había venido estimando como sistema de las tesis marxistas, que tal novísima interpretación no podría prosperar. Mas casi en seguida —o simultáneamente— empezaron a llegar testimonios numerosos de que muchos escritores, marxistas o católicos, abundaban en su mismo parecer; lo cual francamente nos causó estupor y alarma. Finalmente hemos tenido recientísimas ocasiones de sostener “diálogo”, no con marxistas, pero sí con varios sacerdotes, de tal modo aferrados al pensamiento de que “el pensamiento de Carlos Marx”, según Calvez, es el verdadero, que duda-

mos de la eficacia frente a ellos de nuestros actuales argumentos. Sin embargo, vayan por delante, por si acaso. Habiendo formado nuestro pensamiento en el marxismo original y auténtico, estamos seguros que, en cambio, los marxistas ortodoxos y auténticos estarán en el fondo conformes con nuestra exposición, aunque razones de táctica política les impidan manifestarlo.

III. *Primera puntualización: qué es la doctrina marxista*

Para acometer bien, sin equívocos ni desviaciones, la presente discusión, es preciso puntualizar el objeto de la misma. Es decir, a qué nos referimos cuando hablamos del “marxismo”. Hasta la novísima interpretación de Calvez, Garaudy, Togliatti, etc., el marxismo era pura y simplemente el conjunto de ideas filosóficas y sociológicas expuestas por Carlos Marx y Federico Engels, que se recogieron después por sus discípulos formando un sistema coherente y preciso de pensamiento. El cual no era otro que lo que Engels llamó el *socialismo científico*, cuyos dos puntales básicos eran y son, según el propio Engels, la concepción materialista de la historia y el descubrimiento del secreto de la producción capitalista por la apropiación de la plusvalía. Karl Kautsky, por su parte, consideró el materialismo histórico como la “piedra angular” del marxismo. Los autores más autorizados, pues, no incluyeron en ese núcleo esencial nada del humanismo o de la alienación. Eso fue lo que se fue conservando, con escasa evolución hasta la fase del leninismo, en que, quizá por primera vez desde su fundación, la doctrina recibió aportaciones nuevas. Pero tampoco en Lenin ni en Stalin aparecerá la fórmula magistral del humanismo.

Por nuestra parte, diremos que sin ser marxistas, o sea, libres de todo dogmatismo anticientífico, hemos considerado y consideramos las tesis marxistas como altísimamente aprovechables desde el punto de vista sociológico para acometer la interpretación del proceso evolutivo de las sociedades industriales. Pero en ese valor heurístico maravilloso del modelo marxista no aparece para nada la idea de “humanismo”. Antes al contrario, cuando los acontecimientos nos han obligado a meditar sobre ella, nos ha parecido muy perturbadora dentro del citado modelo de análisis.

Queda, pues, establecido que el marxismo es un cuerpo de doctrinas bien definido y perfilado a lo largo de tres o cuatro generaciones de pensadores, los que se desarrollaron por caminos que nada tenían que

ver con la romántica interpretación de ahora y que se disputa a sí misma como la auténtica y más fiel al pensamiento del fundador.

Por cierto, que todavía pueden añadirse dos observaciones en este epígrafe. Para Calvez, Garaudy y sus seguidores la interpretación humanista del marxista es *indudablemente* la exacta. Ahora bien, desde siempre el marxismo ha tenido justa y bien ganada fama de ambiguo, anfibológico y confuso. Es muy posible que esa oscuridad suya haya tenido y tenga la función de “crear fe”, como dice Vilfredo Pareto o de “dar fuerza” a la doctrina, como interpreta Jorge Sorel. Sea como fuere, el marxismo siempre ha gustado de presentarse en forma sibilina. ¿Se compagina esto con las seguridades que nos dan los más recientes hermeneutas sobre la indudable significación del mismo como algo humanista?

La anotación anterior nos confirma una vez más que el marxismo —por lo menos, muchas de sus manifestaciones— está muy lejos de ser una forma “científica” del socialismo; pero es que hay otra circunstancia que, con la misma fuerza confirmadora, impide además a los católicos y marxistas de moda presentarse como los verdaderos y auténticos intérpretes. En la doctrina marxista se ha distinguido desde el principio la versión *esotérica*, abierta nada más a los iniciados, y la *exotérica*, dada para la galería. Esta última es el materialismo vulgar, tal como lo desarrolló, sobre todo, Engels; y ni en ella ni en la primera el humanismo constituye categoría básica. Ni siquiera es concepto que engrane bien con ambas construcciones. Todavía se ha hablado de una versión *hermética*, conocida sólo por Marx, Engels, y, si acaso, Kautsky (3). Es posible que Calvez, Bigo, etc., hayan podido descorrer el velo del hermético santuario doctrinal y que, gracias a ello, hayan llegado a ver la última y genuina verdad del marxismo (su trasfondo humanista, según nos dicen). Es posible, repetimos; pero entonces nos parece que, análogamente a como se juzga en casos análogos, no han hecho bien en descubrir y popularizar sacrílegamente el misterio del santuario.

IV. Segunda puntualización: significado de la doctrina marxista

La segunda cosa que deseamos que quede bien grabada en la mente y bien aclarada es que la doctrina marxista es ubicable en dos terrenos muy diferentes: en el del *pensamiento teórico* y en el de los *movimientos*

(3) Esto se decía cuando este último autor representaba el lado “ortodoxo” frente al revisionismo de Bernstein. Cuando Kautsky se convirtió en “renegado” y la ortodoxia fue apropiada por Lenin, suponemos que el tercero dentro de la versión hermética sería el ruso.

sociales. En el primer caso se presenta como un sistema de conceptos dilucidables y discutibles en el sistema o en la historia del pensamiento social, en los libros, en las discusiones académicas o universitarias. En el segundo la doctrina aparece como un conjunto de ideas prácticas esgrimidas por los hombres de acción, que operan sobre las masas y que se ventilan, afirman y niegan en los programas políticos, en las polémicas de la prensa diaria e incluso en las algaradas callejeras o las luchas civiles. De la misma manera que es cosa muy distinta el *Contrato social* de Rousseau, como equívoca y sofística obra de ciencia política y como “faro de la Revolución”, de igual suerte es muy distinto el marxismo como filosofía o ciencia social y como ideología o idea-fuerza de los movimientos socialistas. Como se comprende muy bien, según se le aprecie en uno u otro aspecto, habrá de ser entendido y valorado de maneras completamente dispares.

Esto dicho, hay que añadir inmediatamente que según que el marxismo esté desempeñando una u otra función *tiene un contenido muy diferente*. Una de las razones por las cuales la doctrina se muestra tan ambigua y a menudo contradictoria es que oscila entre sus pretensiones teóricas y sus aspiraciones prácticas (4), resultando que las mismas palabras y los, aparentemente, mismos conceptos o principios indican y connotan hechos o datos muy distintos. Así, el Marx “teórico” suele enumerar muchas clases sociales, mientras que al Marx “práctico” le conviene que sólo haya dos. El Marx teórico era, sin duda, determinista, mientras que el hombre de acción, el revolucionario, fue realmente muy voluntarista. Pues bien, sobre esta dualidad resulta extremadamente peligroso y grave trasladar a las ideologías de la *praxis* las fórmulas que se ha creído encontrar en la exposición de la teoría. Rogamos que se tome nota de este riesgo, porque precisamente en él han caído los Calvez y compañía. Los ingenuos católicos partidarios del humanismo marxista no han acabado seguramente de darse cuenta de que una tesis discutible y opinable quizá en el ámbito de la teoría ha sido transferida astutamente al campo de la práctica... y el humanismo marxista, en vez de aclarar el contenido *eidético* de una teoría ha servido para embellecer el contenido *ideológico* de un movimiento político. Seguramente que no ha servido para nada en el plano de la aclaración de conceptos; pero sí ha servido para aumentar el número de votos comunistas.

(4) Y esto pese a las declaraciones del marxismo-leninismo sobre la coordinación de teoría y *praxis*.

V. *El punto de partida: los dos Marx*

La clave del pretendido humanismo marxista está sencillamente en esto: Carlos Marx tuvo una época en que profesó ciertas ideas y escribió determinadas cosas que daban pie para considerarlo como humanista. Eso corresponde a su época juvenil. Sin embargo, su estancia en París y su contacto con los socialistas franceses, así como su lectura de los economistas ingleses, le hicieron abandonar completamente sus ideas juveniles, empezando entonces a construir su verdadera doctrina, lo que propiamente debe llamarse marxismo. Y la dimensión humanista quedó abandonada entre las ilusiones juveniles, no encontrando acogido en las obras de madurez, que tomaron un rumbo muy otro. Su tesis doctoral, los *Manuscritos* de 1844 y los escritos anteriores a 1846 pueden contener concepciones más o menos humanistas, hablar de la alienación, de la realidad radical del hombre como punto de partida, etc.; pero probablemente a partir de la *Miseria de la Filosofía* todo eso se esfuma y el filósofo hegeliano de izquierda cede el sitio al sociólogo y el economista, o bien al filósofo auténticamente materialista. Y este segundo personaje, el Marx maduro, ignora totalmente lo anterior y construye una doctrina teórica unas veces aprovechable y otras no, pero siempre alejada del antropologismo humanista de los comienzos. Adelantamos ya que el marxismo auténtico es *una teoría filosófico-sociológica puramente objetiva*, en cuyo engranaje conceptual no aparece el hombre ni sus alienaciones, sino los modos de producción, las estructuras sociales objetivas y sus internas contradicciones.

En una palabra, lo que actualmente se enaltece y se infla son sencillamente las ideas y escritos de Marx correspondientes a la época en que *todavía no era marxista*. Porque, adviértase bien, estamos ante un sistema doctrinal que lleva el nombre de su primer inspirador o fundador, pero que se ha emancipado culturalmente de la personalidad psicológica e histórica del mismo y al que no cabe referir actitudes y pensamientos que se dieron en épocas y ocasiones completamente extrañas al sistema mismo. Lo cual tiene tanta más importancia cuanto el cambio de posición de Marx de la juventud a la madurez fue radical y terminante. Comparativamente podríamos decir que querer explicar el marxismo, como sistema doctrinal, por las ideas del joven Marx, es tanto como tratar de comprender la doctrina paulina, tal como se expandió por el mundo, según las ideas del joven Saulo; o querer introducir en el agustinismo político las concepciones del joven Augustinus el maniqueo.

Ahora bien: hasta los años veintitantos o 1930 no se publicaron los escritos de la juventud y aun tardaron algunos años en difundirse. Eso explica que en la época en que estábamos elaborando nuestra tesis doctoral nadie pudiera hablar de humanismo marxista o de alienación (5). No obstante lo cual, llevábamos ya ochenta años de doctrina y miles de publicaciones, siendo curioso que en todo ese tiempo *nadie echara de menos la base humanista para explicar y aclarar la doctrina*. Algo habría en ella contrario, o, al menos, indiferente, a ella. Más aún. Fieles a la verdad del marxismo como sistema doctrinal (y no como sueños de juventud) ni Kautsky, ni Lenin, ni Stalin, ni hoy en día Mao Tse Tung, pensaron o piensan en presentar al autor de *Das Kapital* y a sus teorías en la forma desfigurada que lo hacen Calvez o Garaudy.

Ya hemos insinuado que el primero de estos dos autores es seguramente el responsable de la difusión de la peregrina idea del “humanismo marxista”. Y, como es obvio, se justifica precisamente a base de lo contrario de lo que decimos nosotros: “es absolutamente ilegítimo oponer un joven Marx a un Marx envejecido y endurecido”. El sabio jesuita introduce aquí un equívoco, pues no se trata de un Marx viejo y duro (aunque sí lo hubo), sino de un Marx llegado a la plenitud y madurez de su pensamiento filosófico-histórico y social. Sea como fuere, la afirmación que hemos entrecomillado carece totalmente de fundamento científico, como ya hemos visto someramente por la historia externa de la doctrina marxista y como tendremos más de una ocasión de corroborar en seguida. Calvez basa toda su obra en la unidad de la vida de Marx, que es paralela, dice, a la unidad de su pensamiento. Ni aquella unidad de vida es exacta psicológicamente, ni, sobre todo, esta unidad de pensamiento es realidad, científica y culturalmente hablando. Solamente el hecho de que el libro de Calvez corresponde a su época *juvenil* puede explicar ese yerro teórico. Creemos —y, sobre todo, deseamos— que el buen religioso francés está ya algo de vuelta de sus entusiasmos pro-marxistas, como base de un diálogo fecundo.

Hemos dicho que la clave del viraje de Marx, desde la postura juvenil a la madurez, radica en haber abandonado la Filosofía alemana para mirar la Sociología francesa y la Economía política inglesa. Pues bien, justamente en contra de este cambio de frente se pronuncia Pierre Bigo cuando postula con toda energía que hay que volver a la Filosofía (*Marxisme et humanisme*, 3.^a ed., 1961). Es claro que así podrá resu-

(5) Es más, las tentativas de introducir elementos auténticamente humanistas en el socialismo no acuden a Marx, sino al Renacimiento (F. de los Ríos) o incluso al cristianismo (H. de Man).

citarse la tesis del humanismo y la teoría de la alienación; pero será traicionando los supuestos del marxismo auténtico. Finalmente anotaremos que Roger Garaudy ha felicitado expresa y públicamente a Bigo por no renovar la oposición del joven Marx y del autor de *Das Kapital*. Esto último lo comprendemos perfectamente... salvo una cosa: ¿cuando Garaudy hace esa felicitación está pensando en el marxismo como doctrina teórica o en el marxismo como movimiento político-social efectivo? ¿No será que está dando las gracias al escritor católico por los votos que ha ganado para el partido comunista francés?

Y concluimos este epígrafe. No cabe duda que entre las ideas del joven Marx y las ideas del marxismo, tal como se le ha conocido antes de la publicación de los escritos juveniles, media un mundo de diferencia; y lo grave no sólo es querer armonizarlas y dar unidad al pensamiento de Marx a todo lo largo de su vida, sino que incluso, dentro de esa diferencia radical, *se tiene por valedero y auténtico lo juvenil y no lo de madurez*. El auténtico San Pablo es el anterior al camino de Damasco.

VI. *Sigue la historia externa: la autocrítica de Federico Engels.*

Realmente, hay un hecho sumamente extraño que, por ello, no puede dejar de tener significación; un hecho que a nosotros nos parece decisivo en esta crítica de la posición de los católicos y marxistas de nuestros días, aun sin necesidad de entrar en el fondo del asunto, o sea, sin necesidad de discutir la validez lógica y científica de esa interpretación del marxismo que podríamos llamar “humanista” o “alienista” (6). Se trata, en suma, de un hecho que puede descubrirse en la historia externa de las interpretaciones de la doctrina. El cual puede plantearse así: ¿cómo es posible que la esencia del marxismo pudiera ser ignorada por todos los escritores anteriores a 1930 ó 1935? O bien, desde otro punto de vista, pero yendo a lo mismo: ¿por qué Marx, Engels y sus seguidores no publicaron oportunamente los textos de la alienación y del humanismo, siendo así que desde siempre los discípulos se afanaron por difundir el pensamiento del fundador y, más concretamente, desde 1917 (o poco después), cuando se montó un organismo oficial encargado de la misma misión? Finalmente, y siempre en tono interrogativo: ¿por

(6) Probablemente: la categoría medular de la versión humanista del marxismo es la de “alienación”. Todo el libro del P. Calvez está dedicado a ella... y no a la concepción materialista de la historia ni a la teoría de la plusvalía.

qué los escritores marxistas ortodoxos no resucitaron ni aceptaron los escritos de la época juvenil de Marx?

He aquí algo que nos intrigaba enormemente. Y la explicación la hubimos de encontrar donde verdaderamente menos la esperábamos, a saber: en el conocido libro de Daniel Bell *El fin de las ideologías*, cuyo capítulo XVI recomendamos, en detenida e imparcial lectura, a todo individuo de buena fe que aun crea en el humanismo marxista. Aquí, nosotros vamos a hacer un resumen de lo que interesa a nuestros efectos.

Resulta que en 1846, después de llevar a cabo la crítica de la Filosofía alemana poshegeliana, Marx y Engels —que ya colaboraban estrechamente— desterraron de su mente todas las ideas correspondientes (¡entre ellas, naturalmente, la de la alienación!) y, en expresión literal de Federico Engels, “abandonaron a las ratas” los famosos *Manuscritos*, es decir, la fuente principal de la versión humanista de la doctrina. Y solamente cuarenta años después, cuando la revista *Neue Zeit* pidió a Engels que revisara el libro del antropólogo Starke sobre Feuerbach, el íntimo colaborador de Marx escribió “de mala gana” una larga reseña que se publicó en 1888 como pequeño folleto (*Luis Feuerbach y el fin de la Filosofía alemana clásica*). Es evidente que, aparte del abandono intencional y decidido de la Filosofía para adentrarse en la Economía y la Política, la verdad es que los antiguos estudios juveniles se les hacían cada vez más irreales. En una carta de 1886 a una traductora norteamericana del *Anti-Dühring*, Engels pudo escribir: “el lenguaje semihegeliano de una buena cantidad de pasajes de mi viejo libro, no solamente es intraducible, sino que ha perdido la mayor parte de su significado en Alemania” (7).

En 1893, nos sigue contando Daniel Bell, un visitante ruso encontró a Engels sumamente incrédulo cuando le habló de la conveniencia de publicar los *Manuscritos*. “Nuestra conversación sucesiva —ahora habla el ruso— versó sobre las primeras obras de Marx y de Engels. Al principio, Engels se mostró confundido cuando le expresé mi interés por esas obras. Mencionó que *Marx también había escrito poesías en sus años de estudiante*, pero que difícilmente esto podría interesar a nadie” (el subrayado es nuestro). Todavía agregó Engels que no podía perder el resto de su vida en editar los viejos *Manuscritos* de los años cuarenta.

(7) Interlocutoriamente, dentro del resumen de las páginas de Bell, comentaremos aquí nosotros que el tono de Engels sólo puede expresar una cosa: rubor y arrepentimiento por haberse dedicado algún tiempo a la Filosofía alemana, a la alienación, a Hegel, etc. Incluso es de notar que el propio *Anti-Dühring* está bastante lejos de cualquier humanismo y mucho más próximo a la versión económico-objetiva.

Por último, el hermano gemelo intelectual de Carlos Marx apuntó que para penetrar en aquella “vieja historia” era preciso interesarse por Hegel, lo que no era ya el caso de nadie (Bernstein o Kautsky). Y todavía advierte Bell que hasta es dudoso que los grandes exégetas (Bernstein, Kautsky, Plejanov, Lenin) llegaran a conocer esos escritos. No mencionan nunca la alienación y sólo se preocupan del “materialismo” contra el idealismo.

A nuestro juicio, esta “autocrítica” de Engels ha de tener un valor decisivo. Lo que él y Marx quisieron enseñar al mundo no fue nada de lo recogido en los escritos juveniles, sino lo que a partir de 1846 ó 1847 fue cristalizando como materialismo dialéctico y como materialismo histórico, que es distinto y aun opuesto a cualquier filosofía humanista. Después de esto, ¿cómo es posible que autores católicos como Calvez, Bigo, Gozzini, etc., etc., hayan podido decir y digan que el marxismo es la doctrina humanista de la alienación? Y, desde otro punto de vista, ¿cómo es posible que Roger Garaudy, mucho más hegeliano que marxista, sin duda, pueda pretenderse representante de la doctrina de Marx? Empezamos a comprender por qué muchos soviéticos y, sobre todo, los chinos, llaman “traidores” a los revisionistas occidentales. Quieran o no, están traicionando el verdadero pensamiento de Carlos Marx.

Pero sigamos leyendo a Daniel Bell. El redescubrimiento de los escritos juveniles, tan celosamente ocultos por los ortodoxos, se debió a Georg Lukacs, un filósofo húngaro netamente hegeliano. Este tomó la idea de “alienación” sobre todo del sociólogo Jorge Simmel (que no era marxista), considerándola, de acuerdo con él, como producto de la colisión entre la creatividad del hombre y la presión de las instituciones. Algo parecido a como Freud pone frente a frente los instintos y la civilización. Mas lo interesante es que Lukacs fue atacado por Moscú y que su obra, *Historia de la conciencia de clase*, llegó a tener reputación dentro de la clandestinidad, pero no por la teoría de la alienación. Y después, cuando Lukacs hubo de refugiarse en la URSS, huyendo de la persecución hitleriana, tuvo que repudiar su libro como “abyecta autodegradación”. En 1954 decía a la Sección Filosófica de la Academia comunista que erró *desviacionistamente* como discípulo de Simmel y de Max Weber, aparte las influencias de Jorge Sorel. Ulteriormente, añadía el mísero filósofo, convicto y confeso, que al familiarizarse con las obras de Lenin y Stalin, perdieron fuerza sus puntales “idealistas”, quedando convencido de que “el frente del idealismo es el frente de la revolución fascista y de sus

cómplices socialfascistas". Toda concesión al idealismo es un peligro para la revolución proletaria.

En una palabra, nos parece obvio que los intérpretes católicos de la alienación no se han desviado realmente del marxismo (supuesto que nunca han estado en él); pero sí de la verdad histórica, como se desprende de todo lo dicho. Los intérpretes comunistas que marchan del brazo con ellos sí que han incurrido en desviacionismo y autodegradación. ¿Qué destino le esperaba a Garaudy si la democracia francesa persiguiera el comunismo como lo hizo Hitler? ¿No tendría que cantar entonces la misma palinodia humillante de Lukacs? Podrá alegarse que los tiempos han cambiado (8) y que ahora el clima político y espiritual de la URSS es muy otro; pero en todo caso, si el señor Garaudy pudiera seguir entonando su canto de cisne humanista más allá del telón de acero (9), habría que tener en cuenta: a) que el pensamiento oficial soviético en su totalidad estaba traicionando el marxismo, la revolución proletaria, el materialismo, etc.; b) que, por lo demás, aún quedaba el territorio de la China de Mao para condenar el idealismo garaudiano como negador de las verdades marxistas.

VII. *Crítica de Calvez*

Con las observaciones precedentes y con los hechos de historia externa en que se basan (nuestra modesta tesis doctoral, los apuros de Engels y las tribulaciones de Lukacs) creemos que hay base suficiente para desvirtuar el propósito de los glosadores de Marx, que quieren presentarle como el gran humanista y gran teórico de la alienación. El análisis de los contenidos eidéticos e ideológicos de las obras de esos glosadores, en confrontación con las auténticamente marxistas, lleva al mismo resultado; pero el esfuerzo ha de ser mayor y rebasa, al menos por su longitud, nuestros propósitos actuales. No desesperamos, empero, de escribir más adelante sobre ese análisis de fondo. Lo que no impide

(8) Adviértase que la confesión de Lukacs es de 1954, es decir, posterior a la muerte de Stalin. Por lo demás, más recientemente aún múltiples declaraciones oficiales soviéticas abundan en ese mismo tono materialista y antiidealista —o sea, condenando expresa o tácitamente la teoría de la alienación, que aparece así *anti-marxista*.

(9) Se ha observado por varios autores que la actitud de los comunistas es muy diferente según se hallen aquende o allende el telón de acero. Aquí, en países socialistas, el marxismo genuino es el clásico, el que ignora el humanismo y la alienación; allí, en naciones de democracia occidental, conviene aceptar esos idealismos para atraer al diálogo y a las urnas a los incautos.

que de momento añadamos algunas breves consideraciones de diversa índole, que muy bien podrán servirnos el día de mañana como guión de otros trabajos más extensos.

Y, ante todo, no podemos prescindir de algunas sumarias alusiones al pensamiento de J.-I. Calvez (*¿que no es el pensamiento de Carlos Marx!*). Según hemos visto, el sabio jesuita se pone enfrente de todos los intérpretes ortodoxos en punto a descubrir el verdadero sistema del marxismo. Para ello, arranca de una premisa fundamental y casi única: *unir el hombre (Marx) y la obra (el marxismo)*. “Se puede decir, escribe, que la filosofía de Marx es una reproducción de su vida (*ob. cit.*, página 17). Nos parece que aquí yace una clara petición de principio: quiere razonar que el contenido de la filosofía de Marx es consecuencia de sus vicisitudes existenciales; pero eso es también su punto de partida indemostrado. Si se trata de establecer un simple paralelismo, sin conexión entre ambos hechos, estamos ante un malabarismo retórico, sin fuerza lógica.

Sea como fuere, la verdad es que la citada premisa (o conclusión) es insostenible. Por mucho que los discípulos hayan tratado de elevar a dogma revelado el pensamiento escrito de Marx, *nunca podrá confundirse el marxismo, como cuerpo de doctrina compartido por muchos hombres, con las ideas subjetivas y vivencias del autor*. El sentido del *Quijote* no es igual a las ideas psicológicas de Cervantes ni al sentido biográfico de las incidencias de su vida. Calvez no ha hecho otra cosa que trasladarnos desde el campo de la cultura o de la política (10) al de la Psicología o de la Biografía. Más aún. Es destino inevitable de todas las obras del espíritu el hecho de que, al desprenderse de la mente de su autor, pasen por distintas interpretaciones; y entonces su verdadero significado (11) no es el que merecieron antes, sino el que aquí y ahora se les atribuye en cada instante. Se ha dicho por alguien que el *Quijote* despertó en el siglo XVII una carcajada, en el XVIII una sonrisa y en el XIX una lágrima (desgraciadamente en el XX acaso suscite un bostezo). Pues bien, al paje aquel que reía a carcajadas leyendo la obra de Cervantes en tiempos de Felipe IV no le hubiera estado permitido haber

(10) Sobre todo en lo político y en lo social los fenómenos no tienen más significado que el que los hombres, consciente o inconscientemente les atribuyen; y va cambiando al cambiar los hombres que viven y continúan un mismo proceso social. Las instituciones no tienen el sentido *real* que quisieron sus fundadores, sino el que les *atribuyen* los que las hacen y padecen en cada instante.

(11) Probablemente sólo hay un sentido *absoluto* en las obras científicas. El propio arte quizá padece del mismo relativismo enunciado.

tratado de imponer su hilaridad a un romántico de tiempos de Isabel II. Y si eso pasa con las obras objetivas, ¿quién está autorizado para anclar a un autor en las ideas de sus años mozos, negándole el derecho a modificarlas? En suma, de un lado, el marxismo no es igual a las ideas subjetivas de Marx. Han sido muchos los autores que lo han completado y aun modificado, pese al carácter dogmático de la doctrina, repetimos. Y, de otro lado, las ideas juveniles de Marx no son las que inspiran la teoría de su edad madura, que no se puede reducir a aquéllas.

Pero hay más. En su ingeniosidad retórica, el padre Calvez trata de inferir la teoría de la “alienación” de las alienaciones reales y vividas por que fue pasando Carlos Marx. Aceptando su tesis, para refutarle por contradicción, observaremos que el propio Calvez reconoce que oportunamente *se liberó de la alienación filosófica* de su época 1936 a 1943. Y bien, ¿NO IMPLICA ESO QUE MARX, AL ABANDONAR SU ETAPA JUVENIL, SE LIBERO DEL CONCEPTO “ALIENACION” Y DE TODOS LOS FILOSOFEMAS HEGELIANOS, INCLUIDO EL “HUMANISMO”? Podemos admitir ciertamente aquella liberación de la alienación política; pero entonces no es correcto, ni mucho menos, *realienizarlo*, como hace el P. Calvez, al tratar de mantener la vigencia de su humanismo juvenil a lo largo de todo el pensamiento marxista.

Pero sigamos adelante. Dice el escritor francés que la filosofía de Marx es “una reproducción de su vida”. Pues bien, para introducir así en el sistema el elemento fundamental de su “humanismo” ha sido preciso recurrir a una biografía completamente falseada. El Marx que Calvez nos presenta en su libro no es el Marx histórico, que no tuvo nada de humanista ni de humano. Cualquiera que se haya asomado a una biografía del creador del socialismo científico sabrá cuál era su carácter: soberbio, colérico, virulento, acre, insultante, soez. Regañó con todos los que fueron sus colaboradores (salvo con Engels): Weitling, Bauer, etcétera. Todos los que le conocieron resaltaban la violencia de sus expresiones y sus arrebatos de ira; “*very dull dog*”, se llamaba a sí mismo. Su literatura está llena de palabras duras e insultantes (12). El pasaje del hijo ilegítimo que tuvo con su antigua criada y que Federico Engels hizo figurar como suyo —para que las masas no se desengañaran de su ídolo— no aparece en las biografías soviéticas. Su ten-

(12) Es muy posible que en las expresiones “oficiales” soviéticas, tan agresivas e insultantes (“víboras lúbricas” o algo así llaman a los no comunistas) obedezcan al *pattern* de expresión impuesto por el apóstol.

dencia al alcoholismo, su gorronería e ingratitud, tampoco se citan. Es posible que tuviera algo de psicópata. Su propia esposa, Jenny von Westfalen, afirmaba que cuando perdía en el juego se ponía insoporable. En suma, si el marxismo es el pensamiento de Carlos Marx y este pensamiento es la vida de Marx, no se podrá asegurar que la sustancia del marxismo sea el humanismo. ¿Ha tratado de adivinar Calvez cómo hubiera sido un régimen político con Marx de dictador? Y dentro de esta línea de ideas hay algo todavía más grave. Algún católico promarxista nos objetaría que, en todo caso, por lo menos Marx se dedicó a luchar por la causa de los desvalidos y explotados. Si su filosofía puede no ser humanista —desde que se liberó de la alienación política— su *praxis* sí lo fue siempre. Recapacitemos un poco. La doctrina marxista no *predica*, en principio, la emancipación del proletariado, sino que la *predice*. Para Marx no es un acto de justicia, sino una necesidad histórica. Discutiendo con Weitling, decía justamente que la lucha de clases no viene impuesta por la justicia social, sino por el determinismo histórico. Quien no entienda el profundo significado de eso, no entenderá nunca el marxismo, cualquiera que sea el juicio que se tenga sobre la persona y vida de Marx.

Hay un hecho altamente expresivo que no recordamos que se cite por el P. Calvez. Si los escritos juveniles de Marx quedaron sin publicar durante muchos años, otro tanto pasó con su correspondencia con Federico Engels. Pues bien, cuando las cartas salieron a la luz, Werner Sombart, gran admirador de Marx desde siempre, dice que quedó asombrado, pasando de la admiración al horror, al encontrar que en 1.836 documentos no pudo encontrar ni una sola frase de compasión hacia los obreros. En cambio, en el epistolario se repite por el autor que él despreciaba toda forma de socialismo que “represente al comunismo como la amorosa antítesis del egoísmo”. Por su parte, Spengler cita una carta de Marx en que, echando de menos la revolución que siempre creyó inminente, escribe, pensando en el proletariado: “Pero ¿qué hace esa canalla que no sabe servirse de sus puños”. En todo esto, y muchos ejemplos más que podrían acumularse (13), no se ve ni el más pequeño rastro de humanismo práctico. Es indudable, pues, que lo que podríamos llamar el “método calveziano” (considerar el pensamiento marxista como un calco de la vida de Marx) no lleva a ninguna impresión humanista.

(13) Recordamos ahora una frase de Augusto Bebel, uno de los grandes ortodoxos del socialismo alemán: “Mantengamos abiertas las heridas del proletariado para que éste no pueda resistir más y se subleve”.

VIII. *Breve análisis de contenido*

Aunque nuestro actual propósito no es combatir la interpretación humanista del marxismo por el análisis del contenido de la doctrina, sino argumentando a base de lo que llamamos “historia externa”, con todo, nos creemos obligados a apuntar alguna crítica interna, sentando así los cimientos de posibles trabajos ulteriores más extensos.

Lo primero y principal es insistir en que la sustancia de lo que se llama doctrina marxista no tiene apenas nada que ver con las ideas juveniles del maestro. Desde *La Sagrada familia* (1845), probablemente, se desprendió de los últimos residuos filosóficos hegelianos y acometió la construcción de su gran sistema, en el cual la clave no es el hombre ni la Antropología, sino la producción material. La Economía y la Sociología, como tenemos dicho, reemplazan a la Filosofía (14). Y aquí hace acto de presencia una curiosa observación. La teoría filosófica de la alienación es oscura, ambigua y altamente criticable; en cambio, en la concepción materialista de la historia (o mejor, en la interpretación económica de la historia), hay conceptos profundísimos, geniales, que tienen valor definitivo en el sistema de la ciencia. Por eso es a la vez un error y una injusticia fijarse en el Marx filósofo (como hacen Calvez, Bigo o Garaudy) despreciando sus aportaciones científicas. El condicionamiento de las formas y estructura sociales por el estado de la técnica; la dinámica de aquéllas en función de ésta; el condicionamiento —al menos parcial— de la superestructura cultural por la existencia económica... todo eso y mucho más, que constituye manantial de sabiduría para el sociólogo, se olvida en la obra de Calvez y sus seguidores, para imputar a Marx la vacilante y abstracta teoría de la alienación. Esto no es justo.

En el contenido de la doctrina marxista lo que hay que resaltar una y otra vez, frente a las versiones “humanistas” de los fervorosos católicos, de los melifluos Garaudys o de los hábiles Togliattis, es que allí existe una teoría de pura *explicación objetiva* de la dinámica histórico-social. No procede de la Filosofía alemana (como creen Calvez y Bigo), sino que es una “combinación química” de teoría económica

(14) Por eso no es correcta la tesis de Pierre Bigo, según la cual la visión revolucionaria marxista no está inscrita en las estructuras capitalistas, sino que está inscrita en el sujeto económico, como una exigencia respecto de esas estructuras. Cualquiera marxista auténtico (soviético o chino) sabe muy bien que así se traiciona el pensamiento de Marx.

y de hechos históricos, por nadie realizada hasta ahora, como se expresa certeramente Schumpeter. Cualquiera que se asome a las grandes obras clásicas del marxismo lo entenderá en seguida. Como se ha observado, incluso por los intérpretes “humanitaristas”, la palabra “alienación” no aparece en *El Capital*. Y, en concreto, la interpretación materialista o económica de la historia atiende al efecto causal o determinante de la infraestructura económica (y dentro de ella a la acción del factor técnico sobre el hecho económico-social), *haciendo abstracción en principio de toda referencia al factor humano*. Podríamos decir así que, en general, la explicación marxista de la historia es puramente sociológica, omitiendo toda mención psicologista. Son las relaciones objetivas de estructura lo que estudian Marx y Engels, no las motivaciones humanas. “En la economía política hay que buscar la anatomía de la sociedad civil” (Marx), no en la Antropología. El materialismo marxista no alude a los móviles materialistas de los burgueses, sino a la supeditación del espíritu a la materia; mejor dicho, a la realidad concebida monistamente como pura materia, de la que procede luego por evolución inmanente lo que llamamos espíritu. El hombre queda reducido, en principio, a un mero monigote llevado y traído por la acción ineludible de las fuerzas productivas materiales. ¿Puede concebirse que esto tenga algo de humanismo?

Por propia definición constante y por constante aceptación de los glosadores católicos o comunistas, el marxismo es radical y plenamente una teoría materialista. Y preguntamos otra vez: ¿es que puede haber un humanista materialista? ¿No hay ahí una clarísima contradicción en los términos? Si el ser humano no es espíritu y sí materia; si viene a ser una parte de la Naturaleza, estaremos dentro de una doctrina naturalista, en modo alguno humanista. Dado que, según Marx, no existe el alma, como principio ontológicamente distinto de la materia, dará lo mismo arrancar del “hombre” para explicar la Sociedad y la historia (como irresponsablemente piensan los propagandistas del humanismo marxista) que del agua, por ejemplo, como hizo Thales de Mileto. Con Marx retrocedemos a los “físicos” presocráticos, renegando del descubrimiento del hombre que la ciencia debe a Sócrates (15).

(15) Maurice Bouvier-Ajam y Gilbert Mury, autorizados comunistas, comienzan su libro *Las clases sociales y el marxismo* con esta frase: “El marxismo es un humanismo”; pero poco más abajo habrán de explicar: “pero es un humanismo materialista”. ¡Atenme esa mosca por el rabo! Y cuando el propio Marx decía que la fisiología comparada le inspiraba profundo desprecio por la exaltación idealista del hombre sobre los demás animales, ¿dónde dejaba espacio para una filosofía humanista que no fuera meramente “zoologista”?

Podríamos continuar indefinidamente este razonamiento, trayendo mil textos de Marx o de Engels, así como de sus intérpretes más autorizados. Ahora añadiremos una referencia a la “lucha de clases”, fórmula en que la acción de las fuerzas productivas toma apariencia humana. Desde el punto de vista teórico, y supuesto que la lucha de clases es expresión “necesaria” de las contradicciones estructurales de la Sociedad, no se ve que en ella se añada ningún elemento auténticamente humanista, que coloque al hombre en primer plano. Desde el punto de vista práctico, la única verdad es que la lucha de clases es una idea “inhumana”. Frente a la inconcebible interpretación humanista de la doctrina de Marx, que recientemente se nos ha querido explicar por autores de una y otra acera, recordaremos que los comentaristas clásicos han hablado, refiriéndose al marxismo, de “fanatismo del odio” (Schmoller), de odio unido a la mezquindad (Spann), de “odio mezquino” (Bakunin), de teoría desoladora que vilipendia la especie humana (Laveleye), etc., etc.

Pero es que además Carlos Marx (el auténtico, no el que divagaba sobre la alienación y escribía poesías juveniles) *ignoraba la naturaleza humana*. La ignoraba teóricamente porque la juzgó como un simple complejo de relaciones sociales, que cambia como y cuando cambia el medio económico (16). Y prácticamente, porque para él no existe el sentimentalismo humanitario. En su teoría y en la actuación efectiva sólo pensaba en el “proletario”, no en el hombre —podría hablarse de “proletarismo”, no de humanismo—; aunque, por lo demás, para él el proletario no era un ser humano a quien se compadece y que se quiere salvar, sino una abstracción, una categoría de la Filosofía de la historia, que se contempla con la misma frialdad con que se ven los números primos o el teorema de Pitágoras. Daniel Bell recuerda que un comunista criticó a Norman Thomas, el famoso socialista norteamericano, por haber titulado un estudio sobre la pobreza en Estados Unidos *Explotación humana*, siendo así que debió haber puesto el título de “Explotación capitalista”. De esta manera, escribe Bell, “inconscientemente el crítico dio en el clavo porque lo que mueve a Thomas no es lo analógico y sociológico, sino lo ético y emocional”. Recordemos los términos de

(16) Esta vaporización del ser humano es lo que permite a Marx creer que el socialismo se implantaría fácilmente. O lo que hizo posible que a principios de la Revolución de octubre, Lenin pudiera proclamar que iban a construir la sociedad socialista, diciéndolo “con tanta sencillez como si se propusiera la construcción de un establo para vacas o un gallinero moderno” (ver Max Eastman, *La ciencia económica ante la inutilidad del socialismo*. Valencia, 1955, pág. 69). Añadamos aún que la misma concepción antropológica del joven Marx tampoco resiste a una crítica filosófica o científica.

la objeción de Marx a Weitling con motivo de la justificación de la lucha de clases.

Después de esto, nos tiene sin cuidado que Calvez haya gastado tanta tinta defendiendo el “humanismo” del marxismo o que Garaudy diga que los dos grandes descubrimientos de Marx fueron, no los resaltados por Engels (materialismo dialéctico e histórico y el secreto de la plusvalía), sino “un humanismo total y militante y una incomparable metodología de la iniciativa histórica”. Para los que conocen el sistema marxista (como son los soviéticos y los comunistas chinos) eso resulta una blasfemia contra Marx, para quien el humanismo se disolvió en la dialéctica de la lucha de clases y la “iniciativa” histórica no existe.

IX. *Ideas filosóficas y realidad social. Función de la interpretación humanista*

Pero volvemos a algo ya enunciado. Una cosa son las *ideas teóricas*, que se discuten por los filósofos al margen de las cuestiones de la vida real que afectan a todos, y otra cosa muy distinta son las *ideologías* que constituyen la trama interna o *animus* de la realidad histórico-social. Una cosa es Rousseau en los libros y otra los jacobinos cortando cabezas y haciendo democracia a su manera. Una cosa es el Marx de la historia de las ideas y otra el marxismo con su revolución de octubre, sus países satélites, sus herejías yugoslava o rumana, etc. En este último plano, como realidad social, el comunismo ha seguido y sigue una trayectoria que no depende de las interpretaciones filosóficas de las obras de Marx... salvo en cuanto esas interpretaciones se transforman en material de propaganda política y de agitación social, sufriendo naturalmente las consiguientes deformaciones y falsificaciones.

Y ahora preguntamos: el padre Calvez y los que como él defienden la doctrina de la alienación y el humanismo, ¿qué pretenden hacer y qué hacen? ¿Enriquecer la literatura abstracta sobre las ideas filosóficas de Marx o contribuir a la propaganda comunista al presentar esa faz tan simpática de una teoría en sí materialista, acompañada además de una *praxis* muy poco humanitaria? Para nosotros el verdadero marxismo es el que se lee en la historia política y social, no el objeto de polémica de unos pocos escritores. Y para el marxista verdadero lo interesante no es la “verdad”, sino la “eficacia”, el triunfo de un grupo de hombres. Para lo cual —contestamos a los interrogantes anteriores— nada mejor que la contribución que los cándidos religiosos promarxistas

han traído a la propaganda comunista. Son esos los “tontos útiles” a que se refirió creemos que Santiago Carrillo, secretario del partido comunista español; los buenos “compañeros de viaje” hasta llegar a la meta del poder, pero que en este instante final son tirados por la ventanilla.

X. *Final.—Un intento de explicación*

No es posible prolongar más esta disertación, y aun creemos que no es necesario, ya que las cosas son suficientemente claras. Lo único que, a la vista de todo eso, queda oscuro es el por qué se ha podido llegar a una tozuda interpretación humanista de la doctrina de Carlos Marx. En los comunistas está perfectamente explicada y justificada: es la voz de la sirena para atraer ingenuos a las filas del comunismo en los países occidentales (17). La prueba de ello es que tales interpretaciones benévolas no circulan allende el telón de acero, *donde no hacen falta*. La maquinaria del poder hace superflua cualquier propaganda en ese sentido. Antes al contrario, la ortodoxia moscovita sigue fiel a la versión clásica del marxismo, anterior a la publicación de los textos juveniles y contraria a ellos.

¿Y en los católicos? La primera tentación es la de querer hablar de error de buena fe, y nosotros la aceptamos, en principio. No creemos que tan virtuosos jesuitas y dominicos como han defendido el humanismo marxista estén vendidos al oro soviético. Pero en la época de la psicología en profundidad hablar de buena fe no basta, y es preciso inquirir qué motivos más o menos subconscientes operan en favor de esa extraña e ilógica posición intelectual. El problema es interesantísimo en Psicología y en Sociología, pero a la vez intrincado y de difícil solución. Nosotros nos proponemos ahora sugerir algunos intentos para llegar a esta última.

Una motivación, indudablemente loable, es un movimiento de reacción contra las injusticias capitalistas. Esto, en realidad, se produjo ya con las encíclicas sociales, sin que por eso se fuera a caer en una postura casi procomunista. Podría aducirse ahora que al agudizarse la posición anticapitalista de muchos católicos, éstos, por una especie de *ley del péndulo ideológico*, hayan ido a parar al extremo opuesto al capitalismo. Quizá hay algo de eso; pero a nosotros nos seduce más otra

(17) En el mejor de los casos es un noble y aceptable deseo de *revisar* a fondo las tesis marxistas genuinas, pero entonces estamos ya como H. de Man *Au delà du marxisme*.

explicación. Lo primero que nos llamó la atención en el libro de Calvez es que comienza buscando justificación para sus divagaciones en el hecho de que el marxismo se ha apoderado ya de muchos cientos de millones de hombres. ¡El éxito práctico! ¿No subyacerá ahí inconscientemente esa tendencia tan natural a los hombres de *ir en ayuda del vencedor*, aun sin esperar ninguna ventaja directa? O bien, dentro de una línea de pensamiento no muy divergente de la anterior, ¿no influirán en esas interpretaciones benévolas otra tendencia, asimismo natural y común, a *buscar justificaciones ideales a las realidades que triunfan*, como si el ser y el deber ser marcharan del brazo en la historia política y social? Tenemos por seguro que ningún exégeta católico hubiera ayudado a los neohegelianos (Lukacs, Garaudy) a desenterrar el humanismo del joven Marx si la revolución de 1917 hubiera fracasado, si Hitler hubiera acabado con el comunismo soviético o si los Estados Unidos no hubieran dejado a la URSS expansionarse en la forma que lo ha hecho desde 1945. Porque no ha sido el contenido humanista del marxismo la base de sus triunfos, sino la inocencia política de los gobernantes norteamericanos y la candidez de muchos escritores no comunistas que hacen el juego al comunismo.

Si esos escritores católicos pretendían apoyar su posición anticapitalista en la idea del humanismo: *a)* no les había hecho falta salir de su cristianismo, no hubiera habido necesidad de atribuir a Marx esa generosa idea, que le viene precisamente como a un Santo Cristo un par de pistolas; *b)* podían haber hallado en la historia del pensamiento social cientos de teorías en que ha florecido en forma mucho más unívoca y clara la idea humanista, sobre todo, a partir del siglo XVIII. Pero no: ha tenido que ser precisamente el marxismo, la doctrina triunfante, la que les ha atraído y cautivado. Y de tal modo los ha cautivado que les privó de todo sentido científico y crítico. La obra de Calvez, a la que volvemos siempre —pero otro tanto puede verse en documentos análogos— parece la defensa de una madre amorosa contra todos los ataques y posibles defectos del niño amado. Tal vez sólo a lo último tiene alguna indicación sobre incompatibilidad entre cristianismo y marxismo; pero esto casi nos parece un recurso para salvar la “censura” oficial y privada. Y la falta de sano espíritu científico no se aprecia sólo en esa posición “dogmática” favorable. Realmente, el traer ahora a discusión y justificación los elementos humanistas y filosófico-hegelianos de la obra de Marx conduce al reino de la utopía, modo de pensar muy propio de los ilusos siglos XVIII y XIX, pero un poco reñido con el realista y sociológico siglo XX. Aun más: con eso se reniega otra vez

de la auténtica obra marxista, que siendo un *socialismo científico* desprecia profundamente a todo *socialismo utópico*.

Y no entramos aquí (al explicar estas sonrisas católicas que se dirigen ahora al comunismo) en otro punto muy delicado y complejo: el del abandono de la preocupación por el más allá, el afán de convertir el Evangelio en un manual de Sociología. La doctrina de Cristo sí que fue un auténtico humanismo; pero nos tememos que la de Marx sea el polo opuesto.